



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Ángel, Miguel Arnulfo

Del tiempo libre al ocio

Contribuciones desde Coatepec, núm. 1, julio-diciembre, 2001, pp. 35-47

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100104>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Del tiempo libre al ocio

MIGUEL ARNULFO ÁNGEL

*Departamento de Política y Cultura,
Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco*

*“Se respira aire libre, el alcohol echa abajo
el polvo y con la baraja se mata el tiempo,
porque, además, en la baraja alienta
el placer de poder jugar con el azar
y no estar solo sometido a él, de poder
ganar por su medio algo al vecino”*

Ernest Bloch

Hoy junto al acoso generado por la vorágine del capital con sus ritmos y tiempos presentes en todos los espacios de la vida pública y privada, aparece con más fuerza el anhelo de un tiempo personal, exclusivo de los individuos, libre de compromisos y lejos de cargas y responsabilidades que incluso llega a tener carácter de utopía social. Es cada vez más un anhelo legítimo en la medida en que difícilmente el hombre contemporáneo cuenta con un descanso que enriquezca su personalidad en el disfrute del encuentro personal y la paz de la propia tranquilidad.

A menudo la sensación de estar invadido, de ser otro diferente porque el tiempo no alcanza, forma parte de las inquietudes generales, pero de manera más exacerbada en quienes cotidianamente afrontan la experiencia laboral.

A su vez, una extraña paradoja se hace presente, pues mientras se padece la tensión robotizante impuesta por la disciplina laboral, la angustia de la “desprogramación”, como ocurre al fin de la jornada o en los días dedicados al descanso, irrumpe para contradecir la ansiedad habitual que acecha mientras se está en el trabajo. Entonces el hábito de la disciplina laboral pareciera imponerse para castigar esas fantasías de descanso, hasta impedir su disfrute con sensaciones de aburrimiento y vacío y llegar incluso a añorar el momento de volver al trabajo para recuperar su ausencia y llenar el vacío de la desprogramación. En efecto, la oposición entre el

trabajo en lucha contra el tiempo, preludio del éxito, y la añoranza del descanso prolongado, casi como una nostalgia romántica, demarcan los ejes de una tensión, en ocasiones dramática. En un extremo están el sentido del deber, el reglamento, la férula cronométrica de los horarios, el rendimiento y el éxito como recompensa; en otro, están el placer, el ocio, la libre espontaneidad o la vagancia remisa a rendir cuentas, como disyuntivas que permanentemente reproducen las formas contemporáneas de esclavitud y libertad. Son los componentes axiológicos que Occidente ha sabido inculcar con la consabida dosis moral del premio o el castigo. Tienen tanto sentido el dicho popular “la ociosidad es la madre de todos los vicios”, como el aforismo “el tiempo es oro” que la filosofía del “pragmatismo” hizo suyo con fines prácticos, enarbolado desde los albores del capitalismo.

UN SUJETO SOCIAL OBJETO DEL TIEMPO LIBRE

Pese a que el tiempo libre lo resuelve cada quien de diferentes maneras en la intrascendencia de su cotidianidad, su naturaleza se hace significativa para los intereses generales de la sociedad cuando se trata de grupos o sectores sociales específicos. Esto, de manera especial, cuando se trata de aquellos que participan directamente en los procesos productivos de mayor desarrollo en los que el tiempo de no trabajo tiene que ver con las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. Por esto, hubo que esperar el despliegue de la sociedad urbano industrial para que la idea del tiempo libre adquiriera su máximo significado en cuyas determinaciones impuestas por el capital, aparece como un tiempo que le es funcional al afán reproductor del mismo, inscrito en la velocidad de la acumulación. Sólo así es posible desentrañar el contenido estructural del tiempo libre y a la vez sopesar sus alcances políticos, en consonancia con los ritos de la sociedad de consumo, en la estrecha dialéctica entre individuo y sociedad. En efecto, el obrero industrial, en tanto sujeto histórico, aparece como el portador de una amplia representatividad social, al ser, al mismo tiempo, ejecutor y paria de la experiencia laboral, en las condiciones impuestas por la técnica más adelantada del momento. El obrero industrial, de una parte, permanece escindido de los instrumentos de trabajo y, de otra, mantiene viva la memoria de las luchas más encarnizadas que a nombre de la clase trabajadora llevó a cabo, precisamente por la reducción del tiempo de no trabajo en beneficio de un tiempo libre, es decir por un tiempo exento de trabajo, no obstante estuviera atado, de todas maneras, a la dinámica de la acumulación del capital. Es también la clase que, al ser subalterna, padece con mayor evidencia las consecuencias de la hegemonización del tiempo que la sociedad dedica al descanso, en la gama de formas ofrecidas por los intereses privados de la sociedad, o los públicos del Estado. Es además, el sector social que, en el caso particular del capitalismo periférico, como ocurre en el capitalismo latinoamericano, enfrenta las

carencias económicas de la clase obrera en general y, al mismo tiempo, porta la hibridez de rasgos agrarios y campesinos que, junto con los de la cultura de masas, dan contenido a los rasgos lúdicos y recreativos de la clase popular. Esta situación social le ha permitido acumular formas muy singulares de ocupación del tiempo libre, en espacios en los que se reafirman creencias, mitos y fantasías ratificadores de su identidad y, al mismo tiempo, dedicarlo como oportunidad para llevar a cabo otros trabajos que le permitan ampliar su salario.

De todas maneras, el análisis del tiempo libre debe partir de ese espacio cotidiano que la sociedad moderna ha dedicado al no trabajo, y que es cubierto, después de haberse cumplido con la jornada de trabajo, de acuerdo con las diversas condiciones histórico-culturales concretas, es decir, según las costumbres, los hábitos, las tradiciones.

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA EN TORNO DEL TIEMPO DE “NO TRABAJO”

La idea del descanso, como momento insustituible de la vida humana, ha formado parte de las distintas reflexiones filosófico-religiosas y políticas, con una acumulación de pensamiento muy valioso para la cultura y la política social.

Desde el Génesis bíblico el tiempo de descanso fue adoptado por el Creador, al haber concluido su obra. Aristóteles en su *Ética* asigna un papel creativo al tiempo de no trabajo, como tiempo que se debe dedicar al arte, la ciencia y de preferencia a la filosofía. Jenofonte, por su parte, se queja de que el trabajo se lleve todo el tiempo sin dejar nada para los amigos, ni para la República.

La manera como este problema ha sido tratado a lo largo de la historia enriquece notablemente la comprensión teórica del tiempo de no trabajo. El esclavismo diferenció radicalmente entre trabajo intelectual y manual, concediéndole al primero la dedicación exclusiva a actividades estéticas, filosóficas y políticas. Los grandes requerimientos de ocio eran valorados como dispositivo idóneo para acceder a la sabiduría, gracias a la existencia de los segundos. Para algunos esta desigualdad contribuyó a que Grecia se hubiera constituido en una cultura prodigiosa. Empero, al ser la meditación una actividad exclusiva de los libres, los restantes incorporaron a la recuperación de sus fatigas, formas de recreación masiva que luego entraron a formar parte de la cultura lúdica. Hubo entre los griegos una notable experiencia creativa, desde mimos hasta representaciones teatrales del tipo de la tragedia y la comedia que tuvieron como escenario al foro público, en el que se daba la catarsis y al mismo tiempo se ratificaba el sentido de pertenencia a la ciudad. Los romanos, con un criterio más practicista, diferenciaron entre “el ocio” y el “*nect-otium*” que, pese a ser actividades contrapuestas, tenían el significado de contribuir, en conjunto, a la definición del hombre completo.

El feudalismo con relaciones basadas en la tierra y la tributación, continuó, para efectos del descanso, con la costumbre antigua de respetar el ritmo impuesto por la naturaleza. Los siervos agrícolas y artesanos no distinguieron entre tiempo de trabajo y tiempo de descanso, sino que los mantuvo confundidos con el ritmo solar. Este es el origen del dicho “trabajar de sol a sol”, al hacer coincidir, a modo de medida, el nacimiento y la puesta del sol, con el comienzo y fin de la jornada. Por su parte, la iglesia católica, al compartir los privilegios feudales, hegemonizó la fiesta popular e hizo coincidir el paso de las estaciones, a lo largo del año, con las festividades litúrgicas. Fue así como mezcló muy bien las distintas celebraciones y ritos con los cambios de las estaciones, sin cuestionar en absoluto las relaciones sociales dominantes.

Los señores disfrutaron del ocio en términos caballerescos con consumos ostentosos, reconocidos como signos de nobleza. Pasar el tiempo improproductivamente indicaba solvencia pecuniaria. Competir en torneos, pasear, cazar, calentarse en la chimenea, jugar dados o ajedrez, mirar por la ventana, cortejar doncellas o recibir visitas, eran signos de abolengo cortesano. Un deporte como el torneo era propio de los señores, con el que mostraban su poder guerrero ante el pueblo.

En las antípodas, el carnaval pretendió romper el orden jerárquico imperante, al incorporar implementos y técnicas teatrales novedosos, como máscaras y atuendos, con los que creaban la ilusión de libertad ante el sometimiento imperante, aunque fuera por ese momento. El sentido de ficción y delirio permitido por el carnaval apuntaba a una igualdad, impedida por las profundas diferencias sociales existentes. Los juglares como vagabundos iban de lugar en lugar, solícitos a contribuir con la diversión y de esa manera atenuar, con su canto y gracia, la dureza del trabajo servil. Más tarde, la nobleza se saciaría en el ocio suntuario vinculado a un modo de vida palaciego. Los banquetes, la ópera y el pasatiempo les ratificaría el embeleso en sus propios privilegios, al tiempo que les ofrecían los momentos más oportunos para llevar cabo las triquiñuelas que les exigía el ejercicio del poder.

Sin embargo, en la base de la organización social se acumulaba lentamente la experiencia de racionalización laboral que revolucionaría radicalmente el tiempo de trabajo. En la incipiente economía urbana, los artesanos fueron aplicando medidas a su jornada con criterios más capitalistas, entre los cuales, la introducción del reloj permitió cuantificar el tiempo dedicado al trabajo. Esta irrupción en el tiempo medioeval ocasionó conflictos de toda índole, en especial el derivado por la pugna entre el tiempo de ocio y el trabajo clandestino que junto con el trabajo reglamentado se incrementaban por el ansia de ganancia impuesta por el régimen mercantil imperante.

Es esta experiencia de racionalización del tiempo la que quiso acaparar el Estado absoluto que, desde su omnipotencia, no dudó en convertirla en símbolo de poder

en los marcos espaciales de la ciudad, como indicativo eficaz de un buen gobierno. La unificación de las campanas de las villas y ciudades, acordes con las del palacio real en el señalamiento de las horas, convierten el tiempo moderno en un tiempo de Estado, como un elemento más en la unificación del territorio nacional y la definición de la nación. Fue necesaria luego la moralización del tiempo mediante valores espirituales y racionales, para que se impusiera como un hábito cultural. De ahí la riña con el ocio, pese a estar tan cercano a la naturaleza del hombre, predicada en la época con persistencia, a fin de que se impusiera la idea de que quien perdiera el tiempo estaría muy cerca al animal. Pero fue la idea de cálculo, tan innovadora en el trasegar renacentista, la que se aplicó al tiempo cotidiano con todo éxito. Un dominico italiano, Doménico Cavalca en el s. XIV es quien predica esta nueva moral “humanista”, perfectamente funcional al espíritu de ganancia capitalista. Vale la pena recordar el texto de Leone Battista Alberti en el diálogo entre Gianozzo y Leonardo. El primero afirma:

- Hay tres cosas que el hombre puede decir que le pertenecen en propiedad: la fortuna y el cuerpo. A lo que su interlocutor pregunta.
- y cuál es la tercera?. Y de inmediato responde.
- ¡Ah!, una cosa extremadamente preciosa. No lo son tanto estas manos y estos ojos. Y ya ansioso, Leonardo pregunta.
- Maravilla, ¿qué es? a lo que Gianozzo responde.
- El tiempo mi querido Leonardo, el tiempo hijos míos.

El pensamiento liberal del s. XVIII también incluyó el tema, bajo la acepción de tiempo libre, en sus reflexiones sobre la sociedad. Diderot indica que la historia del tiempo libre es la parte más importante de nuestra vida. Locke ratifica la idea, al afirmar que en el tiempo libre se descubren el temperamento y la inclinación del hombre, y que el verdadero goce depende de la imaginación más que de la razón, y por eso cada uno debe divertirse a su manera. Pero si el pensamiento moderno en su trayectoria de racionalización de la vida humana logra crear la cultura de la disciplina y el deber, también es el que crea las condiciones para la replica y la negación. Es acaso Lafargué, anarquista del s. XIX, quien se contrapone con mayor radicalidad a la idea del trabajo que en su opinión asocia a la miseria. De ahí que no tenga empacho en hacer la defensa abierta del derecho a la pereza, propuesta inadmisible para el régimen laboral moderno, ni en su acepción socialista ni capitalista.

LA PARTICULARIDAD DEL TIEMPO DE “NO TRABAJO”

Es posible señalar, en lo que a la conceptualización del tiempo de no trabajo se refiere, algunos elementos recurrentes en las distintas épocas históricas y desarrollos

de los modos de producción. En todos los casos habrá que resolver el sentido ideológico y los alcances sociales y políticos que pueda tener el concepto de tiempo de no trabajo, según se trate como ocio o como tiempo libre, pues, pese a homologarse y en ocasiones a confundirse, el hecho es que la conceptualización que se le asigne traerá consecuencias diferentes para los efectos de la vida laboral y social.

Hay que tener en cuenta que en todos los momentos históricos el uso del tiempo de no trabajo supuso necesariamente el tiempo de trabajo, en una unidad indisoluble. Es pues en la naturaleza y comportamiento del tiempo de trabajo donde hay que buscar el significado ideológico y la naturaleza conceptual del tiempo de no trabajo. Sólo así se impedirá la confusión entre el tiempo libre y el ocio.

Empero, es con la industrialización capitalista como se hace posible comprender el tiempo de no trabajo como tiempo libre, al quedar plenamente subsumido por las características económicas del tiempo de trabajo, determinado por la naturaleza de las relaciones sociales de producción. En efecto, la máquina, al impulsar definitivamente los rasgos de la manufactura —división del trabajo, tecnologización del mismo, concentración de medios de producción, especialización, trabajo asalariado—, incrementa el ansia de plusvalía, sólo alcanzable por el trabajo del obrero, de cuya naturaleza se generan formas de valorización y acumulación del capital expandidas por todos los terrenos de la actividad social. A partir de esta determinación es como se abre un horizonte nuevo para la comprensión del tiempo libre en el capitalismo industrial, supeditado indefectiblemente a la inexorable presencia del capital en todos los espacios de la sociedad.

DISTINTOS MOMENTOS HISTÓRICOS EN LA CONSTITUCIÓN MODERNA DEL “TIEMPO LIBRE”

En efecto, con el capitalismo industrial se visualizan dos momentos constitutivos en la historia moderna del tiempo de no trabajo, entendido como tiempo libre, en correspondencia con las formas de reproducción del capital. El primero tiene que ver con la reducción del tiempo de trabajo y por ende con la ampliación del tiempo de no trabajo. El segundo, con la constitución del tiempo libre subsumido por las necesidades de reproducción ampliada del capital.

A. Lucha por la disminución del tiempo de trabajo.

Ocurrió en las fases iniciales de la industrialización cuando el obrero (capital variable) se vio enfrentado a la máquina (capital constante) en jornadas agotadoras. Las fábricas inglesas del XIX demostraron cómo al ampliar al máximo posible la jornada de trabajo, se ampliaba necesariamente la producción y por ende la acumulación, fenómeno que fue explicado por vía de la llamada plusvalía absoluta. Es la

época en que las camas de los obreros no se enfriaban a fin de mantener permanentemente, con relevos, el trabajo frente a la máquina. En esta situación, las horas de trabajo ocuparon la mayor parte del tiempo que llegó a cubrir 18 de las 24 horas del día.

En esta etapa del capitalismo, registrada en detalle por los estudios históricos sobre la clase obrera inglesa, el tiempo de descanso sólo era considerado como una concesión apenas necesaria para recuperarse del agotamiento ocasionado por la extenuante jornada. Tal situación encontró todo el apoyo y justificación en una ética del trabajo derivada de la interpretación protestante del cristianismo, al considerar la riqueza como signo inequívoco de predestinación, y al trabajo como signo de salvación. Por eso se debatió la supresión del culto a los santos y sus días festivos —costumbre típicamente católica—, a fin de que ese tiempo quedara disponible para el trabajo. El puritanismo inglés llegó a ver con sospecha no sólo el juego y el deporte, sino la distracción por aparecer opuestos al espíritu de laboriosidad. El argumento era justificado con el ejemplo del creador, quien en el Génesis había dedicado un solo día al descanso, después de haber dedicado los demás exclusivamente al trabajo. El alto sentido ideológico basado en un *ethos* religioso justificaba las pujantes relaciones capitalistas en auge.

Pero al mismo tiempo, la explotación despiadada de la fuerza de trabajo condujo a luchas sociales valerosas que, a lo largo del siglo diecinueve y las primeras décadas del veinte, cundieron en Europa con el propósito de disminuir el tiempo de trabajo, e implícitamente recuperar el tiempo de no trabajo. Éste es el contenido de la lucha pionera que forma parte de la historia combativa de la clase obrera impulsada por la industrialización moderna. Estas demandas por la fijación de la jornada, no sólo buscaban reducir el tiempo de trabajo —que efectivamente pasó de catorce a doce horas, hasta llegar a ocho horas, en 1886, con los cruentos acontecimientos de Chicago—, sino a mejorar el salario deteriorado por el trabajo nocturno y dominical, el trabajo infantil y femenino. Organizaciones obreras al estilo de las ligas que proliferaron por la época como la de los Justos, fundada en París en 1836, la de los Comunistas fundada en Londres en 1847 o sociedades como las de los “Demócratas Fraternales” el 1845, registran las demandas más sentidas de la clase trabajadora, acosada por el proceso de industrialización en ese momento histórico.

Las primeras experiencias en el uso del tiempo de no trabajo correspondieron a las formas de diversión de los obreros en los espacios frecuentados por ellos para recrearse, como ocurría con la taberna anglosajona. Pero allí mismo debatían sobre su situación de explotados y el destino de su organización. Las crónicas recuerdan los nombres de Hunt, Castler y O’Connor, reconocidos por sus sobrenombres como “El campeón de la libertad”, “El Rey de los niños de las fábricas” y “El León de la libertad”, respectivamente. No es casual que haya sido de la taberna de donde salió la organización de la primera concentración obrera en la Londres de 1816. Con el tiem-

po, la lucha incidió en la legislación por la disminución de la jornada laboral, inicialmente en los países europeos y luego en los latinoamericanos. En este continente son pioneras, Argentina y Colombia en 1905 al legislar un día de descanso por seis de trabajo, seguidos en la primera y segunda décadas por Cuba (1910), Bolivia (1915), Paraguay, Chile y México (1917), Perú (1918), Nicaragua y Uruguay (1920) y Venezuela (1928).

B. La constitución del tiempo libre

Sin embargo, la conquista obrera por la estabilización de la jornada de ocho horas, con la consecuente ampliación del tiempo de no trabajo, se encontró con el gran desarrollo de las fuerzas productivas del s. XX. La industrialización en gran escala, característica del desarrollo posterior, modificó por completo las formas de producción fabril y contribuyó a la automatización del proceso productivo, al descomponer el proceso de trabajo en elementos simples con la aplicación de la ciencia y la hiperdivisión técnica del mismo, lo mismo que a la desaparición de ciertas funciones hechas directamente por el trabajo humano. La producción automatizada relevó instantáneamente el trabajo vivo de la producción directa, por una gran acumulación de trabajo muerto materializado en la máquina. A su vez el desarrollo y cualificación sistemáticos de la tecnología propiciaron el engranaje ininterrumpido y la hiperdivisión técnica del trabajo con la imposición de ritmos, cada vez más veloces.

Las consecuencias inmediatas en cuanto a la modificación de la composición orgánica del capital y las formas de obtención de plusvalía (plusvalía relativa) condujeron a la intensificación de la jornada, con la optimización de la fuerza de trabajo para la producción en masa. Las mismas ocho horas laborales ganadas debían, ahora, producir más mercancías, pese a haberse reducido el tiempo socialmente necesario. Es decir, en el mismo tiempo se debía producir *ann* mucho más.

Este nuevo proceder laboral promovió la clásica fórmula de 3 x 8, a fin de mantener equilibrado el control de las 24 horas del día, divididas en tres partes equitativas: 8 para trabajo, 8 para descanso y 8 para recreo, cultivo y alimentación. En cada uno de estos espacios temporales se impuso la maximización del esfuerzo humano para un óptimo equilibrio. En particular, en lo que atañe al proceso de trabajo, se adaptaron e impusieron los conocidos sistemas tayloristas y fordistas en busca de impedir la pérdida de tiempo con una disciplina optimizadora del rendimiento. Los otros dos espacios ubicados fuera del sistema productivo debían subsumirse indefectiblemente a la lógica del capital, mediante una manipulación del tiempo de no trabajo en función de lo sucedido en la esfera de la producción. A partir de este momento el tiempo de no trabajo adquiere el sentido de tiempo libre en tanto subsumido por la naturaleza capitalista del tiempo de trabajo.

Nadie más sino el trabajador sería quien debería establecer, de manera eficaz, el nexo entre estos tres momentos reducibles a dos, el de trabajo y el de no trabajo. En efecto, sólo el trabajador divorciado tanto de los instrumentos de su trabajo como de su producto es quien articula las condiciones que son necesarias para mantener y ampliar permanentemente las relaciones capitalistas. A partir de esta condición es como la riqueza social producida se convierte en excedente del capital que luego sigue el destino de la reproducción ampliada o el uso suntuario a voluntad del propietario de los medios de producción. Al mismo tiempo, el obrero queda despojado del trabajo de su producto sin poderlo disfrutar más que en una parte reintegradora en forma de salario. Es la razón por la que está abocado a vender reiteradamente su fuerza de trabajo para obtener el salario que le permite tan sólo la sobrevivencia.

Hay que tener en cuenta que la fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía (valor de uso y valor de cambio), sólo se realiza como tal al ser reconocida como valor en la esfera de la circulación. Tal reconocimiento se hace posible bajo el signo del salario o cantidad de mercancía dinero utilizada para medir su precio en el mercado de trabajo. Pero el valor de cambio de esta mercancía tan singular no tiene otra pretensión que satisfacer las necesidades mínimas que le habiliten para regresar de nuevo a la producción de plusvalía, pues si las satisficiera ampliamente o de manera completa, no habría posibilidad de acumulación del capital. Es por esto que el salario sólo sirve, por naturaleza, para cubrir necesidades básicas, casi elementales que corresponden como promedio al mínimo de subsistencia histórica y culturalmente aceptada por el desarrollo de la sociedad concreta en que transcurre esta transacción.

En estas circunstancias tan desfavorables para el trabajador, el Estado interviene con propuestas subsidiarias, a fin de mantener las condiciones básicas de reproducción de la fuerza de trabajo. Bajo el supuesto de aliviar las deficiencias inherentes al salario que el comprador de fuerza de trabajo mantendrá necesariamente en función de su propia apetencia de ganancia, las llamadas “políticas sociales” del Estado intervienen en una aparente solución de las necesidades básicas como subsidiarias del desembolso que el comprador de fuerza de trabajo debería hacer en el pago justo del salario, y por ende satisfechas con el mismo. Es el caso de las habituales políticas en vivienda, salud, recreación, educación, transporte u otras, tan generosas en la demagogia oficial, que en realidad no son más que ayudas favorecedoras del capital y por tanto de los capitalistas que se excusan de pagar el salario de manera debida. En ocasiones el Estado realiza el rodeo que le permite trasladar partes del capital variable a los mecanismos de redistribución en prestaciones y servicios sociales, o aumentar impuestos que luego administra en función de las necesidades globales de la reproducción, por supuesto favorables y beneficiosas para el dueño de los medios de producción.

ESPACIOS EN LOS QUE “EL TIEMPO LIBRE” DEFINE SU CONTENIDO CAPITALISTA

En particular, son las esferas de la circulación y del consumo dan significado de tiempo libre, al tiempo de no trabajo. En la anodina apariencia de ciertos espacios cotidianos como la vivienda, el supermercado, el parque, el campo deportivo, el cine, los almacenes, las oficinas de impuestos etc., es como transcurre el tiempo libre atrapado por la lógica del capital. Todo lo que se haga en estos circuitos o el tiempo que transcurra en estas actividades cumple con la función reproductora de la fuerza destinada a rendir al máximo en el proceso productivo, de acuerdo con la jornada laboral. Es por eso que la determinación de la producción, como punto de vista explicativo es insoslayable, como bien lo aclara Marx en la *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*, al mostrar la estrecha relación entre la producción y la circulación que en su reflexión, es inmediatamente consumo. La doble acepción, subjetiva y objetiva, pues el individuo al producir desarrolla sus capacidades, pero también las gasta, pues también consume en el momento en que produce, demuestra la íntima relación entre la producción y el consumo. A partir de este consumo primigenio, inherente a la producción, es como se explican todas las demás formas del intercambio y del consumo en los circuitos del capital. Éste es el contexto en el que intervienen las formas de manipulación de las necesidades que la sociedad de masas ha sabido industrializar y a la vez presentar con el aderezo sofisticado de los medios masivos de comunicación.

Es apenas natural que el obrero al abandonar la fábrica, luego de su jornada de ocho horas, esté saturado de la máquina y su disciplina inexorable. El trabajador fatigado, al querer dedicar su tiempo a “otras cosas”, es objeto de la seducción consumista con todo los ardides ofrecidos por la propaganda. Pero, de inmediato se dará cuenta de que la dureza de la fábrica seguirá persiguiéndolo como fantasma, al recordarle que no es más que fuerza de trabajo, y que sólo es un obrero que al día siguiente debe estar puntual en el mismo traje. El fantasma será más cruel cuando, al término de la jornada, el anhelo de tiempo libre deba confrontarlo con los precios de las ofertas tentadoras del consumo. Entonces, tendrá que abocarse a medir milimétricamente su salario, es decir el precio real de su fuerza de trabajo, si quiere intentar algo en las ofertas del mercado que también incluye los eventos recreativos y deportivos. Entonces, todo le parecerá lejano e inaccesible y los fetiches y oropeles de la propaganda, aderezos de la mercancía, se le revelarán como pura ilusión. La ficción de pertenecer a un mundo de igualdad, de posibilidades insinuadas en el decorado de los artículos mercantiles exhibidos en las vitrinas, en las halagadoras ofertas del turismo, en las sugestivas imágenes de la televisión, en la arrullo de las melodías radiales y el colorido de los avisos en revistas y periódicos, mostrarán, lo que en realidad son: un mercado más, inaccesible y excluyente.

EL TIEMPO LIBRE EN CONTRADICCIÓN CON EL TIEMPO DE TRABAJO

Una doble situación debe resolverse, para dar paso a la contradicción entre tiempo de trabajo y tiempo libre: 1. la prefigurada en la naturaleza del salario que impone límites perentorios a las posibilidades reales del consumo, y por ende en la calidad de reproducción de la fuerza de trabajo. 2. la derivada de la ocupación práctica del tiempo de no trabajo en relación con la pregunta de qué hacer o cómo distribuirlo en la disyuntiva de dedicarlo exclusivamente al descanso, como corresponde, o más bien a ampliar el salario, desempeñando otros oficios, o, como es usual, en las diligencias ineludibles de las obligaciones ciudadanas *v. gr.*: pagos de impuestos y servicios en las largas y desafortunadas travesías de la burocracia estatal o privada.

1. El consumo es el que demuestra la capacidad real del salario, a modo de un termómetro fidedigno que marca la suficiencia de éste para satisfacer adecuadamente las necesidades. Pero el consumo está mediado por las particularidades de la esfera de la circulación, saturada de las formas más variadas de fetichización de la mercancía, presentada a sus anchas en consonancia con la vorágine de la llamada “sociedad de consumo”. En este terreno de seducción consumista se produce, al mismo tiempo, la revelación de que la misma mercancía producto de su trabajo porta esa parte que no le fue retribuida al trabajador y que él tiene que contemplar ahora con la óptica estrecha impuesta por la férula del salario. Es como un círculo cerrado en el que el trabajador al volverse consumidor, queda atrapado en su propia limitación deriva del precio real de su fuerza de trabajo, abruptamente confrontada en el acto del consumo.

2. Una vez constatada la subsunción del tiempo libre por el capital, resta entonces resolver la ampliación del salario en la búsqueda urgente de otras formas colaterales de ingreso, desde las prestaciones de servicio de todo tipo, hasta los empleos subsidiarios que le permiten completar el salario con un alto consumo de tiempo y energía. En América Latina existe una amplia experiencia de dedicación del tiempo libre al trabajo, como es el caso de quienes se dedican a la autoconstrucción de su propia vivienda durante los días feriados y fines de semana. Es un trabajo arduo hecho con sus propios instrumentos en los que interviene familiares y amigos. La ruralización de la ciudad latinoamericana se caracteriza precisamente por ofrecer aún una buena proporción de oficios agropecuarios que los migrantes hacen después de la jornada fabril, con el propósito heroico de mejorar su salario.

A lo anterior se suman las ocupaciones públicas relacionadas con todo lo que tienen que ver con la administración de la gestión estatal. Éste es el otro rostro del trabajador que además debe cumplir con las responsabilidades de ciudadano y de usuario de servicios públicos o privados, en detrimento de su tiempo de descanso. En muchas ocasiones parte del salario es devorado por la corrupción administrativa. El burócrata sin escrúpulos cobra cantidades “*ad hoc*” por servicios que debe prestar

legalmente con la consecuente erosión del salario del trabajador, víctima de un atentado que la costumbre ya ha aceptado como “normal” para que el funcionario en turno cumpla con el servicio que debe prestar.

A estas actividades onerosas, y que por su misma naturaleza riñen con el merecido descanso del trabajo fabril, se suma un tiempo ineludible dedicado a cubrir el tiempo de transporte, denominado por algunos “tiempo forzado”. Según las condiciones de la infraestructura vial, organización, horarios y precios del mismo, este tiempo se agrega generalmente como una carga más al deterioro del salario y la calidad del tiempo de descanso, agravado por las distancias y la precariedad de las vías. Ésta es la situación social de este nuevo Prometeo eternamente encadenado, expuesto a la fatiga y al deterioro de su salario.

EL TIEMPO LIBRE ATRAPADO EN LAS REDES DE LO SIMBÓLICO Y LOS LÍMITES DE LO IMAGINARIO

Pero por mínimo que sea el tiempo de no trabajo o por ocupado que esté en la ampliación del salario, será imposible que escape al entretejido de lo superestructural, esa realidad de la ideología y de los valores que por ser sutil no es menos contundente. Lo simbólico, sea que congregate los valores de lo religioso o los de lo político, se impone en lo imaginario como señalador de paradigmas de comportamiento en el juicioso papel de cumplir con su tarea reproductora de la sociedad y legitimadora del orden estatal. Son éstos los terrenos en los que vuelve a redefinirse el significado del tiempo libre, en su contenido como en su uso. En efecto, las articulaciones entre la cultura subalterna y la hegemónica se complejizan en varias posibilidades de funcionamiento, dependiendo de las maneras y lugares para usarlo. A veces el espacio predilecto es el ofrecido por el privado; otras, el ofrecido por el público.

En el primero, es la vivienda, hecha para el descanso, la cómplice más eficaz de la seducciones del consumo de masas. Actualmente es imposible concebir una vivienda, por humilde que sea, sin el aparato de la televisión. Este artefacto moldeador por excelencia de los gustos, aspiraciones y fantasías de los futuros consumidores cumple, independientemente de los contenidos transmitidos, en tanto dispositivo por excelencia de la cultura de masas en ser el portador hasta la intimidad de los mensajes destinados a homogeneizar el consumo. El impacto visual de la imagen convertida en espectáculo atrapa al televidente, incapaz de racionalizar por sí mismo lo que allí ocurre. La familia confinada a su propia habitación pasa encerrada el tiempo de descanso, muda pero encantada de tener “el mundo en su casa” ilusionada de participar en la lujuria del consumo.

El segundo, contiene espacios de naturaleza muy singular: la calle, la plaza, el parque, que en las metrópolis de hoy también fungen como transmisores de la cultura

de masas. En otro momento, son los espacios más generales de la ciudad —la plaza mayor— los que en los días festivos se usan para celebrar las fiestas patrias o religiosas, vehículos coadyuvantes del reforzamiento de la identidad. Precisamente en el alborozo de la fiesta, una infinidad de productos industriales encuentran el momento oportuno para su realización. Mientras la fiesta cívica o religiosa ratifica la ilusión de igualdad, exacerba el nacionalismo, recuerda la pertenencia del pueblo escogido por la historia para que fuera el más capaz, reivindica los mitos ancestrales y formas de hermandad bajo el manto de una sola madre o la mirada protectora de un solo padre, los gustos de los consumidores se sacian con todo tipo de seducciones pasajeras que circulan a sus anchas como en un mercado más.

De esta manera, el llamado tiempo libre es una falacia que se diluye como una instancia más del proceso de reproducción ampliada del capital, en la barahúnda del intercambio y el consumo. El estar libre del trabajo no significa estar libre del capital, pues la reproducción ampliada del mismo ha ocupado todos los espacios de la cotidianidad más allá de las reducidos de la fábrica. Por eso el ocio seguirá siendo no sólo una de las utopías más válidas de la sociedad urbana y postindustrial, sino un derecho humano y social necesario de reivindicar ante la avalancha apabullante del hedonismo de la cultura de masas.

BIBLIOGRAFIA

- Baudrillard, Jean. *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Kairós, Barcelona, 1978.
 Bloch, Ernest. *El Principio de esperanza*, Aguilar, Madrid, 1979, tomo II.
 Dumazedier, Joffre. *Ocio y sociedad de clases*, Fontanella, Barcelona, 1971.
 Engels, Federico. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Esencias, Buenos Aires, 1974.
 Heller, Agnes. *Teoría de las necesidades en Marx*, Península, Barcelona, 1977.
 Huizinga, Johan. *Homo ludens*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1978.
 Lefebvre, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
 Marx, Carlos. *El Capital*, FCE, México, tomos I y III, p. 19.
 —. *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*, Pasado y Presente, México, 1978.
 Sue, Roger. *El ocio*, FCE, México, Breviarios núm. 324, 1992.
 Rogerthorson, Edward. *La formación de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977.
 Toti, Gianni. *Tiempo libre y explotación capitalista*, Cultura popular, México, 1975.